

EL HOLOCAUSTO - LA CRISIS DE LA INDIFERENCIA

ROBERT MC. AFEE BROWN

Robert Mc. Afee es Profesor de Ecumenics and World Christianity en la Union Theological Seminary.

Los artículos de Robert Mc. Afee Brown y David Wofl Silverman son discursos pronunciados en una reunión conjunta de las Facultades Union Theological Seminary (protestante) y Jewish Theological Seminary.

La primera persona con la que me relacioné para discutir la posibilidad de volver a la Union Seminary, fue Gerson Cohen, Rector del Jewish Theological Seminary. Me era de importancia saber por anticipado, más allá de la inquietud, si había o no posibilidad significativa de profundizar y enriquecer las relaciones entre la Union Theological Seminary y el Jewish Theological Seminary. Fui vivamente alentado y animado por su respuesta, y el hecho de que todos estemos aquí esta noche, indica por lo menos una voluntad de explorar la posibilidad de que, cualesquiera hayan sido los lazos del pasado entre nuestras instituciones, ellos puedan ser ampliados. Al mismo tiempo debe quedar claro que ninguno por su presencia se compromete más allá de esta noche. Es posible que algunos deseen la continuación de estas reuniones, o que la mayoría lo quiera, o que algunos o la mayoría no lo quieran. Puede surgir otro posible tipo de colaboración. No lo sabemos. Traigo a esta reunión el convencimiento de que tenemos la suficiente participación como para ser capaces de hablar, pero también la comprensión de que diferimos bastante y conversar puede ser difícil para algunos y aun penoso.

Nosotros cristianos y judíos compartimos una larga historia y la vemos de diferente modo. Estoy siempre obsesionado por el comentario del padre Flannery, de que las páginas que los cristianos hemos roto de los libros de historia son las que los judíos conocen de memoria. Quizá podamos tener la honestidad y modestia de encarar la realidad y de empezar a escuchar de la manera en que antes no lo hicimos. Tal por lo menos es mi esperanza.

¿Cómo comenzar en esta ocasión? Un equivocado comienzo podría ser un desastre. ¿Pero quién para opinar que es el justo? Respecto a este punto me formé un criterio, me tomo la responsabilidad que no trasladaré a ningún otro. He propuesto, y el Dr. Silverman lo ha aceptado, que establezcamos por lo menos preliminarmente, relaciones de uno a otro como cristianos y judíos y también como seres humanos, a la luz de los acontecimientos tan infinitamente dolorosos y por eso tan frecuentemente evitados: el Holocausto. Por mucho tiempo no se habló de él. Recientemente se ha hablado mucho. Quizá demasiado. Por lo que tanto se lo puede abaratar como profundizar. Pero me animo a promover el tópico por muchas razones.

Una razón muy práctica es que tenemos con nosotros, en la Union, únicamente por este semestre, al profesor Eberhard Bethge, íntimo

amigo de Dietrich Bonhoeffer y receptor de sus más importantes cartas de prisión, miembro también de la Iglesia Confesional de Alemania, de las pocas que se atrevieron a oponerse a Hitler. El profesor Bethge, por lo tanto está en relación con los acontecimientos de 1933-45, en una posición diferente a la del resto de nosotros.

Otro motivo para proponer el tema es que la mayor influencia teológica que yo recibí en los últimos tres o cuatro años, no fue la de un teólogo protestante, ni aun, (en esta era ecuménica), de un teólogo católico romano, sino de un escritor judío, un "sobreviviente" del Holocausto, que repudiaría el título de teólogo y especialmente de teólogo sistemático. Es un narrador de cuentos y tanto su nombre y su persona son conocidos por ustedes. Me refiero por supuesto a Elie Wiesel. Es por lo menos, hasta donde llegan mis propias inquietudes, que la mitad de mi enseñanza de este primer semestre en la Union, está dedicada a un curso completo sobre "Temas teológicos en los escritos de Elie Wiesel". Me ha obligado, a nivel de profundidad existencial, a afrontar el Holocausto. Me obliga continuamente a repasar su jornada con él a través del total nihilismo de "Night", a través del cul-de-sacs de "Dawn" y "The Accident", de los comienzos de afirmación de "The Town Beyond the Wall" y "The Gates of the Forest", y a la extraordinaria combinación de fe y desesperación, y fe en medio de la desesperación que aparece en "Ani Maamin". En todos esos trabajos el Holocausto se cierne, penetra, inculca e informa de la afirmación de la condición humana. Estoy obligado, al igual que mis estudiantes, a penetrar en esta experiencia de un modo que hubiera preferido evitar.

Como no judío y no habitante de los campos, no puedo en realidad empezar a "formar parte" de esta experiencia. Indudablemente para algunos de ustedes puede parecer una blasfemia, que siquiera me atreva a hablar de ella. Wiesel mismo ha luchado con el problema de si aun él podría atreverse a hablar. Después de media docena de novelas escribió "The Oath", donde promovió la cuestión de si no sería mejor permanecer callado ante tanta desgracia, que intentar hablar. El problema era legítimo: si nada parecía haber cambiado en la percepción humana acerca del Holocausto, quizá el silencio podría ser el testimonio más poderoso. En "The Oath" llegó a la decisión de que si al contar la historia de incontables muertes, podía ser salvada una vida, debía ser contada sin importar cuánta pena, cuánta frustración y mala inteligencia podría producir. Si una vida puede ser salvada, uno debe hablar, aun si al hacerlo rompe un sagrado juramento (oath) de medio siglo.

Y ésta me parece la razón básica para que debemos atrevernos a hablar de acontecimientos, que nuestras palabras puedan trivializar si no distorsionar grotescamente. Debemos hacerlo no sólo para que los muertos no sean olvidados, no sólo como recuerdo de que también nosotros pudimos haber sido capaces de hacer el papel de los S.S. sin sentir una íntima laceración de espíritu. Debemos hacerlo como un medio de tratar de asegurar que un suceso como el Holocausto pueda jamás repetirse. Debemos enfrentar la dolorosa realidad que hay en nosotros,

esto que significa que puede repetirse y los que niegan tal posibilidad se empeñan en lo que debemos denominar una profecía de auto-negación, creando un clima moral en el que podríamos abandonar nuestra guardia moral como para que otro Holocausto ocurra.

Estoy descubriendo que hay variadas reacciones judías frente al evento. Para Richard Rubenstein la realidad de Aushwitz destruyó la realidad de Dios. Si existió Dios después de Aushwitz sólo podría ser un monstruo moral. Para Emil Fackenheim, negar a Dios a causa de Aushwitz sería conceder a Hitler una victoria póstuma; dispuesto en vida a destruir a los judíos, más allá de ella hubiera tenido éxito en destruir al judaísmo. Para Wiesel el gran problema, me parece, es el silencio de Dios. ¿Por qué Dios no habló ni actuó? ¿Por qué aparentemente permaneció en la indiferencia? Y de este modo disputa con Dios, puesto que indiferencia, papel de espectador, es peor aún que complicidad o mejor dicho la peor forma de la complicidad.

Hay también variedad de reacciones cristianas. Han necesitado más tiempo en aparecer y sólo empiezan a recibir un pronunciamiento significativo. Algunos no quieren enfrentar aún el compromiso, está ausente de sus deliberaciones de una manera cada vez más difícil de entender. Otros se encuentran tan desolados por su descubrimiento de la complicidad cristiana en el Holocausto (complicidad suficientemente nefasta, descubierta a menudo sólo retrospectivamente) que están inmovilizados por la culpa. Otros, todavía reaccionan defensivamente, tratando de disculpar a su herencia cristiana y a ellos culpando de toda responsabilidad, por regla general, a otros. Algunos sienten que hubo un estructurado antisemitismo en el cristianismo histórico, que debe ser purgado y están en el proceso de comenzar una reconstrucción teológica radical.

En todas estas preguntas y en otras que puedan señalarse, hay por lo menos dos ampliamente compartidas con las que tenemos que luchar. La primera es la cuestión de la responsabilidad. ¿Quién debe considerarse responsable? ¿Con qué amplitud debe extenderse la red de la responsabilidad? Hitler, Eichmann, los guardias de los campos (que sólo "cumplían órdenes"), los que sabían qué estaba pasando y lo callaban, los que temían por lo que estaba pasando y se afanaban por no averiguarlo, el alto mando aliado que no bombardeaba los transportes por ferrocarril a Aushwitz, las iglesias silenciosas aunque muchas de las acciones eran conocidas. Es una cuestión particularmente quemante para los no judíos, aunque Wiesel y otros han registrado que hubo, en este período algunos judíos que prefirieron no verse envueltos. (Lo cito como tributo a la honestidad judía, no para calmar la conciencia cristiana).

La segunda respuesta, de cualquier modo, es la que todos nosotros compartimos, aunque la abordamos de un modo distinto. Y es la "crisis de la fe" que el Holocausto nos impone. Porque ¿quién ya sea cristiano o judío puede creer en Dios, en cuyo mundo pasan tales cosas? El misterio perenne del mal, fuente de nuestra mayor vulnerabilidad como creyentes, alcanza la quinta esencia, en verdad única, de su expresión en el Holocausto. Ninguna teodicea puede abarcar al Holocausto de modo que cierren las heridas y las llagas sean curadas. El evento sometido a juicio excluye

la fe fácil en Dios o en la humanidad y un veredicto de absolución que no puede ser dado fácilmente.

Pienso que necesitamos otra respuesta para asir ambos problemas. Los judíos no deben permitir que los cristianos esquiven el problema de la responsabilidad. Los cristianos deben preguntarles cómo es posible enfrentar Aushwitz y creer aún. Y juntos debemos tratar de inculcar en nuestra era una fibra moral que resista la remota posibilidad de una recurrencia. Ni la fe, creo, puede enfrentar al Holocausto, sin ser de algún modo transformada.

Permítaseme en conclusión, ilustrar este último punto con otra referencia a Wiesel. Su libreto sobre la afirmación de la fe de Maimónides, *Ani maamin beviat ha-Mashiaj* (creo en la venida del Mesías), me impulsó a examinar esta cuestión del mesianismo de otra manera. En el curso del poema, Wiesel aclara que los judíos tienen un problema con la esperanza mesiánica: el mundo es tan perverso porque no tiene el Mesías. ¿Qué es lo que hace falta para traerlo? ¿No son suficientes seis millones de muertos? Y si llega después de los seis millones de muertos ¿no es demasiado tarde? Pero al meditar en sus palabras en toda su terrible belleza, fui impulsado a inferir desde lo más profundo de mi ser que también los cristianos tienen un problema y que puede formularse como el reverso del problema judío: el Mesías vino, ¿por qué es tan perverso el mundo?

Procuro constantemente ser redimido, por esta creciente presencia judía en mi vida, del triunfalismo barato de nuestras tan fáciles declaraciones acerca de la "victoria de la cruz", "de declaraciones demasiado volubles de resurrección, que eluden las horribles chimeneas de Aushwitz, los seis millones que no se me debe permitir negarme a enfrentar.

Promover tales cuestiones puede dividirnos más profundamente que antes. Confío en que pueda iniciarse un proceso de mayor acercamiento entre unos y otros en la angustia de una común inquietud acerca de Dios, que muy a menudo parece tan callado y cuyo lenguaje aun cuando creamos oírlo, es a menudo difícil de descifrar.

Dije antes que hubo en Alemania unos pocos que trataron de hablar en voz alta por medio de la Iglesia Confesional. Eberhard Bethge, uno de ellos, dijo que no debemos hacer héroes que no lo fueron de los que están en la Iglesia Confesional. De modo que no voy a colocar halos. Pero como está presente esta noche, me gustaría concluir mis comentarios con un recuerdo personal acerca de él.

Después del bombardeo de Navidad de Hanoi en 1972, un pequeño grupo de nosotros católicos, protestantes, judíos, fuimos a pedir a los europeos que gritaran contra la devastación que estábamos infligiendo a los vietnamitas.

Cuando dirigíamos el Sínodo de la Iglesia Evangélica de la Renania, nuestro portavoz era R. Leonard Beerman. Era la primera vez que el Sínodo estaba dirigido por un rabino. Tenía un motivo especial para hablar porque es rabino del templo Leo Baeck de Los Angeles, y como ustedes saben, Leo Baeck fue el gran rabino de Berlín apresado por los nazis. Solicitado por el Sínodo evangélico, para que hablase en favor de

vietnamitas, rabí Beerman citó aquellas conmovedoras palabras de Baeck acerca del silencio de los protestantes en el pasado: "Es difícil establecer qué ha sido más pernicioso en el curso del tiempo, si la intolerancia que perpetró injusticia o la indiferencia de los que las contemplaban imperturbables"¹.

El hombre que tradujo al alemán el discurso de rabí Beerman fue el pastor Eberhard Bethge. Mientras así lo hacía con el alegato de que los alemanes no debían marginarse, mi mente hizo uno de esos saltos locos hacia el pasado y recordé que fue el mismo Bethge que nos ha preservado una afirmación de Bonhoeffer, que nunca fue dada por escrito, en la que decía a los alemanes de aquellos días que ellos tampoco podían quedar al margen. La declaración de Bonhoeffer seguía: "solamente los que lloran por los judíos tienen el derecho de cantar los cánticos gregorianos".

Ambos Baeck y Bonhoeffer, estaban diciendo lo mismo: la indiferencia es intolerable.

Así como Bethge transmitió las palabras de Bonhoeffer acerca de los judíos a una Alemania complaciente de los años treinta, fue nuevamente Bethge quien transmitió las palabras de Baeck por intermedio de Beerman, palabras de los judíos a una Alemania en potencia complaciente, de los años setenta.

Es esta alerta que Eberhard Bethge tipifica, a la indiferencia potencial, la que debe señalar nuestra continua respuesta al Holocausto.

Traducción: Dr. José Kaplan

N O T A S

¹ Leo Baeck *Judaism and Christianity*, traducido con una introducción por Walter Kaufmann (Philadelphia: The Jewish Publication Society of America, 1958-5719), pág. 275.